

x UNO x

LAS MULTITUDES TRASCENDENTALES

(o Preparen
sus tontos e
inútiles
yos)



Sala de interrogación N° 3

Bruno Víctor Benucci III y sargento S. Mendes

19 de diciembre // 3:12 p. m.

Consideren esto: millones de personas en el mundo, cada una con millones de yos. Soy un observador pasivo, experto en ser invisible. Soy amante del arte, de los Mets y del recuerdo de papá. Represento aproximadamente a una siete billonésima parte de la población; estas son mis multitudes trascendentales y es solo el comienzo.

—Esto comienza con mis amigos.

—¿Qué cosa?

—Mi historia —respondo.

Solo que eso no es del todo cierto. Tengo que regresar un poco más, antes de que fuéramos amigos, a cuando estaba solo...

...

De acuerdo, lo tengo.

—Me enamoré algo así como unas mil veces.

Mendes sonríe ligeramente y acerca la grabadora.

—Perdón, dijiste que... ¿te enamoraste?

—Miles de veces —repito mientras paso ambas manos por mi cabello.

Solía pensar que el amor estaba determinado por números: primeros besos, segundos bailes, infinitos corazones rotos. Solía pensar que los números sobrepasaban al propio amor, que sobrevivían en los rincones oscuros del corazón hecho pedazos. Solía pensar que el amor era duro y difícil.

Ya no pienso esas cosas.

—Soy un Súper Caballo de Carreras.

—¿Eres *qué*? —pregunta Mendes, su mirada luce dura y cansada a la vez.

—Nada. ¿Dónde está su uniforme?

Lleva puesta una falda de tweed con una chaqueta ajustada y una blusa holgada. Observo con calma sus ojos color café, muy intensos y, más allá de las bolsas y las patas de gallo que enmarcan sus rasgos como paréntesis faciales, son muy bonitos. Observo con calma los ligeros pliegues en sus manos y en su cuello, señales de envejecimiento prematuro. Observo con calma la ausencia de un anillo de bodas. Y observo con calma su cabello oscuro, largo hasta los hombros, con apenas una persistente sombra de forma y estilo.

Paréntesis, ligereza, ausencia, persistencia: las multitudes trascendentales de Mendes, al parecer, se encuentran en la nota al pie.

—Técnicamente estoy fuera de servicio —dice ella—. Además, soy sargento, así que no tengo que usar siempre mi uniforme.

—Así que eres quien está a cargo, ¿cierto?

—Le reporto al teniente Bell, pero este es mi caso, si eso quieres saber.

Yo busco debajo de mi silla, extraigo el Visine del bolsillo frontal de mi mochila y me aplico una gota en cada ojo.

—Víctor, estuviste desaparecido por ocho días. Luego, esta mañana, tú y... —pasa papeles hasta que encuentra el que busca—, Madeline Falco aparecen aquí, prácticamente tomados de la mano de Mbemba Bahizire Kabongo, apodado *Baz*, el principal sospechoso en nuestra investigación de homicidio.

—No estaba de la mano de Baz. Y él no es un homicida.

—¿No crees que lo sea?

—Sé que no lo es.

Mendes me ofrece una sonrisa compasiva, esa clase de sonrisa con el ceño fruncido.

—Él se entregó, Vic. Eso, además de que encontramos su ADN en el arma homicida. Tenemos elementos más que suficientes para meter a Kabongo tras las rejas por un largo tiempo. Lo que espero que esclarezcas es cómo llegaste de salir corriendo por la puerta de tu casa hace ocho días a entrar *aquí* esta mañana. Dijiste que tienes una historia que contar, así que cuéntala.

Los recuerdos de esta mañana están frescos. La voz de Baz grabada en mi mente. *Tácticas de distracción, Vic. Van a necesitar tiempo. Y tenemos que dárselo.*

—De cada chica que usa delineador —digo.

...

...

—¿Qué? —la sargento Mendes entorna los ojos.

—De cada chica que toca un instrumento, a excepción de... quizás no el fagot.

—Disculpa, no estoy enten...

—De cada chica que usa Nike desgastadas. De cada chica que las dibuja. De cada chica que se encoge de hombros, hornea o lee *—háblales de todas las chicas que creíste que amabas, las de antes*. Sonríe en mi interior, el único lugar donde puedo hacerlo—. Cada chica que anda en bicicleta.

Extraigo mi pañuelo y limpio la saliva de la esquina de mi boca. Papá lo llamaba mi “hocico pinchado”. Yo solía odiar eso. Ahora lo extraño.

A veces... sí, creo que extraño más las cosas que odiaba.

—Poco después de que te fuiste, tu mamá reportó tu desaparición —Mendes se adelanta en su silla—. He estado en tu habitación, Vic. Está llena de Whitman, Salinger y Matisse. Eres listo. Y algo nerd, si no te molesta que lo diga.

—¿Cuál es el punto?

–El punto es: no eres un chico malo. ¿Por qué actúas como si lo fueras?

–“Soy inmenso, contengo multitudes” –bajo la mesa de metal, acaricio la tela de la muñequera de LCH.

–“Me dirijo a los que están cerca y espero en el umbral de la puerta. ¿Quién ha terminado su trabajo? ¿Quién ha concluido de cenar? ¿Quién me acompaña? ¿Quién viene conmigo?” –Mendes reconoce mi referencia.

...

Intento esconder la sorpresa, pero no estoy seguro de que mis ojos no me delaten.

–Whitman equilibraba las clases de justicia criminal –continúa Mendes–. Conoces las líneas siguientes, ¿no es así?

No las sé, así que me quedo callado.

– “¿Vais a hablar cuando ya me haya ido y sea demasiado tarde?”.

...

–Con el debido respeto, señorita Mendes. Usted no me conoce –ella vuelve a mirar la ficha que tiene delante.

–Bruno Víctor Benucci III, dieciséis, hijo de Doris Jacoby Benucci y Bruno Benucci, fallecido hace dos años. Hijo único. Metro setenta. Cabello oscuro. Sufre del excepcional síndrome de Moebius. Obsesionado con el arte abstracto...

–¿Sabe qué es eso?

–Ah, he tenido mi cuota de delincuentes obsesionados con Picasso y, déjame decirte, no es ninguna pavada.

–No me refería a eso.

–Sé a qué te referes –Mendes cierra la ficha–. Y sí, he investigado. Moebius es un extraño desorden neurológico de nacimiento, que afecta al sexto y séptimo nervios craneales y provoca parálisis facial. Entiendo que ha sido difícil para ti.

El tono de Mendes refleja un rastro de autosatisfacción, como si hubiera estado memorizando esa definición, esperando a que yo le preguntara si sabía qué le ocurría a mi rostro. He tenido el síndrome de Moebius toda mi vida y aprendí esto: las únicas personas tan arrogantes como para usar la palabra *entiendo* son precisamente las que no podrían entenderlo. Las personas que realmente lo comprenden nunca dicen mucho.

–Ha investigado un poco –repito apenas en un suspiro.

–Algo.

–Así que sabe cómo se siente tener arena en los párpados.

...

–¿Qué?

–Así se siente algunas veces, el no ser capaz de parpadear –explico–. Ojo seco no alcanza a describirlo. Es más como ojo desértico.

–Vic...

–¿Acaso su investigación la ilustró sobre los terrores nocturnos que resultan de dormir con los ojos entreabiertos? ¿O que beber de una taza es casi tan posible como enlazar la luna? ¿O que lo mejor que puedo esperar es que otros chicos me dejen solo? ¿O que ciertos profesores bajan el ritmo para hablarme porque suponen que soy estúpido?

Mendes se mueve incómodamente en su silla.

–No me malinterprete –continúo–, no me estoy quejando. A muchas personas con Moebius les va peor que a mí. Solía desear ser otra persona, pero entonces...

Entonces papá me presentó a Henry Matisse, un artista que creía que cada rostro tenía su propio ritmo. Matisse buscaba lo que él llamaba “asimetría particular” en sus retratos. Me gustaba eso. Me preguntaba por el ritmo de mi propio rostro y por mi asimetría particular. Le dije eso a papá una vez. Él me dijo que había belleza en mi asimetría. Me hizo sentir mejor.

No *no*-solo, pero sí menos solo. Acompañado por el arte, al menos.

–¿Pero entonces...? –repite Mendes.

–Nada –casi me olvido que había empezado una oración.

–Vic, sé que te ha sido difícil.

–¿Se refiere a mi... “aflicción”? –digo, señalando mi rostro con mis dos dedos índices.

–Nunca usé la palabra *aflicción*.

–Ah, cierto. *Que sufre de*. Usted es humanitaria.

Debajo de mi muñequera de LCH, siento los delgados caminos que no van a ningún lado. Mis dedos siempre fueron una fuerza con la que luchar, rasguñando, arañando y pellizcando. La muñequera es un buen recordatorio, pero no tanto como mis dedos, con sus diminutos cerebritos, determinados a poner a prueba mi umbral de dolor.

–¿Alguna vez escuchó que una persona tiene que atravesar el fuego para convertirse en lo que debe ser?

Mendes da un sorbo de su café y asiente.

–Seguro.

–Siempre quise ser fuerte, señorita Mendes. Solo desearía que no hubiera habido tanto fuego.

...

–Victor –fue un suspiro, apenas siquiera audible. Mendes se acerca, toda su presencia se mueve de defensiva a ofensiva–. Vic, mírame.

No puedo.

–Mírame –repite.

Lo hago.

–¿Baz Kabongo te metió en esto? –asiente lentamente–. Está bien. Él lo hizo, ¿verdad?

Quietud, nada.

—Déjame decirte lo que creo que ocurrió —insiste—. Kabongo se pone nervioso, ve su rostro por toda la ciudad y decide dejar de esconderse. Los convence a ti y a tu novia de mentirnos, diciendo que estuvieron en sitios donde no estuvieron, en horarios en los que no estuvieron, con personas con las que no estuvieron. Él sabe que su única oportunidad es tener una coartada, o un testigo visual que diga que vio que otra persona lo hizo. Y ¿qué mejor que dos chicos inocentes? ¿Estoy cerca?

No digo nada. Soy un completo experto en guardar silencio y, cada minuto que pasa, es una victoria, sin importar cuán pequeña.

—Soy bastante buena en mi trabajo —continúa— y, aunque no sé *dónde* estuviste en la noche del diecisiete de diciembre, sé *dónde no* estuviste. No estuviste en esa casa. No viste ese charco de sangre. No viste apagarse los ojos de ese hombre, Víctor. ¿Sabes cómo sé que es así? Si hubieras visto todo eso, no habría forma de que estuvieras sentado aquí en esa silla, en este momento, haciéndome perder el tiempo. Mojarías tus pantalones, harías eso. Estarías totalmente aterrado.

...

...

Esos cerebritos de mis dedos son animales salvajes, que devoran mis multitudes.

—Kabongo cuenta con que tú mientas, Vic. Pero ¿sabes qué olvidó? Se olvidó de Matisse. Se olvidó de Whitman. Se olvidó del arte. Y tú sabes lo que todo el buen arte tiene en común, ¿verdad? Honestidad. Es la parte de ti que sabe cómo son las cosas. Y es la parte de ti que me dirá la verdad.

Cuento hasta diez en mi cabeza, en donde la voz de Baz se repite una y otra vez como un disco rayado. *Deja que piensen lo que quieran. Pero no mientas.*

—Nosotros te protegeremos —agrega Mendes—. No debes tener miedo. Solo dime qué ocurrió.

Tácticas de distracción, Vic. Van a necesitar tiempo. Y tenemos que dárselo.

...

...

Me acerco a la grabadora y aclaro la garganta.

—De cada chica que toma té.

—De acuerdo —Mendes cierra la ficha con calma—, terminamos aquí.

—De cada chica que come bizcochos de frambuesa.

Ella arrastra su silla, se pone de pie con un aire conclusivo y habla en voz fuerte y clara:

—Entrevista entre Bruno Víctor Benucci III y sargento Sarah Mendes concluida a las tres veintiocho de la tarde —presiona *pausa*, toma su café y la carpeta de la mesa, y se dirige a la puerta—. Tu mamá debería estar aquí pronto para recogerte. Mientras tanto, siéntete libre de tomar un café al final del corredor —niega con la cabeza, abre la puerta y murmura—: Malditos bizcochos de frambuesa.

El Departamento de Policía de Hackensack se convierte en la plantación Maywood, Invernadero once. Imagino: Baz Kabongo, con sus extremos instintos paternos y su manga tatuada; la audaz Coco, leal hasta el fin; Zuz Kabongo, chasqueando los dedos, bailando en el lugar; e imagino a Mad. Recuerdo ese momento; mi momento de desgarradora claridad en que las nubes se abrieron y lo vi todo como si nunca hubiera visto nada. La verdad es que no supe qué era el amor hasta que lo vi sentado en un invernadero, desplegado como un mapa frente a mí, revelando sus grandes territorios inexplorados.

Mientras la sargento Mendes abre la puerta para salir, extraigo mi mano de debajo de la mesa, la elevo hasta que mi muñequera queda a la

altura de la vista y admiro esas tres letras mayúsculas, blancas sobre el fondo negro: LCH.

Walt Whitman estaba en lo cierto. En verdad, contenemos multitudes. La mayoría son duras y pesadas, y un verdadero dolor de cabeza. Pero algunas multitudes son asombrosas.

Como esta...

Soy un Chico del Hambre.

—Yo *estuve* en esa casa, señorita Mendes —me concentro en las letras blancas, la L, la C y la H, mientras la imagen difusa de Mendes se congela en el marco de la puerta. Ella no se voltea.

»Estuve ahí —repito—. Vi sus ojos apagarse.

(OCHO días atrás)

[VIC] El *Dúo de las Flores* terminó.
El *Dúo de las Flores* volvió a comenzar.
La magia de la repetición.

Extrañaba a papá. Por lo tanto, estaba de pie al final del muelle. Hacía eso cuando extrañaba a papá.

Pasé mucho tiempo de pie al final del muelle.

Con las manos en los bolsillos, el cuello de mi chaqueta levantado, para protegerme del frío de Nueva Jersey (que azota como un dragón enfurecido con enormes dientes de hielo) y mi cabello suelto al viento. No me importaba que se despeinara. En lo absoluto.

El cabello no era trascendental.

Dos cosas eran trascendentales:

1. Esta canción, el *Dúo de las Flores*. Solía ser la canción favorita de papá. Entonces, era la mía.

2. Este submarino inactivo, el USS Ling. El que alguna vez fuera una gran embarcación que navegaba los mares, que había sido llevado a descansar al río Hackensack mucho antes de que yo naciera. El Ling me recordaba a esto: un caballo de carreras retirado, enviado a una de esas granjas de reproducción en las que todo lo que hacen es procrear con otros caballos de carrera, con la esperanza de que los mejores genes prevalezcan y resulten en un súper caballo de carreras. (Papá me llevó a uno de esos lugares de excursión una vez; cuando nuestro guía comenzó a hablar de métodos de obtención de espermatozoides y de inseminación artificial, decidí que era mejor esperar en el auto).

Desafortunadamente, no había otros submarinos en el río con los que el Ling pudiera procrear.

Por lo tanto, no habría sexo entre submarinos.

Por lo tanto, no habría súpersubmarinos.

Esta parte de la margen del río fue delimitada como un museo naval, con visitas guiadas y esas cosas. Solo estaba abierto los sábados y domingos, lo que significaba que yo tenía el lugar para mí solo durante la semana. Casi todos los días me detenía en este sitio en mi camino de regreso a casa desde la escuela, lo que hacía que me preguntara cómo se vería el USS Ling por la noche. No puedo decir con exactitud qué me atraía hacia él. Tal vez el hecho de que la verdadera vida del submarino hubiera acabado y que, aun así, estuviera ahí. Sentí que podía entenderlo.

Mi celular vibró en mi bolsillo.

Lo saqué y leí un mensaje de mamá.

Puedes pasar x Babushka a comprar prosciutto? Xfavor? :) :)

Las abreviaturas me mataban. Mamá seguía teniendo uno de esos teléfonos celulares prehistóricos, en los que había que presionar cada botón cerca de una docena de veces para alcanzar la letra deseada. En más de una ocasión, intenté mostrarle los beneficios del milagroso teclado QWERTY. Era más fuerte que ella.

Escribí la siguiente respuesta:

Será un honor y un privilegio para mí, querida madre, el cumplir con tu encargo de carne veneciana curada a la sal en esta bella tarde. Estaré de regreso cuanto antes. Tu siempre amoroso hijo,
Víctor. 😊😊😊

Un segundo después, ella respondió:

grax, tq

...

Grax, tq.

Deslicé el celular de vuelta en mi bolsillo y levanté la vista hacia el Ling. No mucho tiempo atrás, mamá me hubiera seguido el juego y me hubiera llamado la atención por pasarme de listo con la respuesta.

Las cosas eran diferentes entonces.

...

...

El *Dúo de las Flores* llegó a un coro desgarrador en mis oídos, mientras el viento continuaba alborotando mi cabello. No me gustaba particularmente la ópera; me gustaba esta ópera en particular. Me imaginaba a esas dos mujeres, las sopranos altísimas, dándolo todo. No estaban cantando:

estaban *volando*. Papá me dijo una vez que la razón por la que a algunas personas no les gusta la ópera es porque la escuchan con la mente y no con el corazón. Decía que la mente de la mayoría de las personas era bastante estúpida, pero los corazones pueden ver más allá. *Piensa con el corazón*, V, solía decirme. *Ahí es donde vive la música*. Papá solía decir esa clase de estupideces porque era del tipo de personas que viven el momento, un verdadero pensador de corazón.

No quedamos muchos.

Pateé una piedra cercana, apuntando al cañón de cubierta, en la parte más lejana del submarino, y erré ampliamente. Le hablé a papá en voz alta, consciente de que él no podía escucharme. Yo tampoco podía escucharme, por las sopranos que sonaban en mis auriculares, pero era agradable decir cosas sin poder escucharlas. Era agradable saber que mis palabras estaban libres en algún lugar, en el éter.

Pateé otra roca. Al blanco. Golpeó contra el cañón de cubierta y cayó a las oscuras aguas del río. Sonreí por dentro, imaginando la roca hundiéndose hasta el fondo del río, en donde existiría por siempre, sin que nadie jamás supiera de ella.

Inactiva. Como el Ling.

Como mi voz en el éter.

Como yo.

Salí del muelle, crucé la calle River, un paso delante del otro, saboreando la desolación de la caminata hasta Babushka's Deli. Hacía frío, del tipo de frío que puede verse, en el que el aliento florece como una flor de loto que flota frente a tu rostro. La clase de frío en el que no puedes distinguir si está nublado o si todo el cielo tiene el color de las nubes. El frío se expresaba y decía esto: "La nieve se aproxima, amigos. Preparen sus tontos e inútiles yos".

El *Dúo de las Flores* terminó.

El *Dúo de las Flores* volvió a comenzar.

La magia de la repetición.

Dios, extrañaba a papá.



Me acerqué al aparador de vidrio, intentando recordar la diferencia entre la panceta y el prosciutto. No es que fuera importante. La lasaña Benucci necesitaba prosciutto. No le serviría nada más.

–Eres niño pequeño, ¿cierto?

Miré alrededor, preguntándome si el carnicero se dirigía a mí. La única persona, además de mí en la tienda, era un adolescente corpulento, totalmente cubierto en parafernalia de los New York Mets: gorro, bufanda, guantes, abrigo. Él estaba sentado en una pequeña mesa en una esquina, con una Coca y un sándwich, me miraba con una expresión de extrema confusión, curiosidad y repulsión.

Conocía muy bien esa mirada.

–Tú –dijo el carnicero detrás del mostrador, apuntándome con un dedo carnos–. Eres niño pequeño, ¿cierto?

–Supongo... mmm... Soy algo pequeño para mi edad.

–¿Qué? ¡Habla más fuerte!

A mis espaldas, el fanático de los Mets se rio disimuladamente. Acomodé mi cabello detrás de las orejas y probé con una respuesta más breve:

–Sí, soy niño pequeño.

Soy niño pequeño.

El carnicero, cuyo broche identificatorio decía *NORM*, volvió a trabajar en la carne sobre su tabla de cortar.

—Okidoki. Niños pequeños necesitan carne. Fortalece los huesos. Hace grande y fuerte —sonrió mientras marcaba un bíceps—. ¡Como yo! ¡Ja!

Nunca supe qué decirle a ese hombre. Al menos mitad cruza con león, Norm era seguramente ruso y tenía cabello en lugares inhumanos, en cantidades inhumanas. Era gordo, es cierto, pero no solo eso. Era la *clase* de gordura (firme, protuberante, sustanciosa) que delataba que ese hombre se había ahogado en su propia mercadería demasiadas veces. La teoría era que Norm era un exmiembro de la KGB, que estaba escondiéndose en el norte de Nueva Jersey, hasta el surgimiento de un nuevo régimen soviético.

...

Una campanilla sonó al abrirse la puerta principal, y ellos entraron.

Ellos cuatro. Siempre juntos.

Había visto a esos chicos al menos media docena de veces en la ciudad. Hackensack no era exactamente una metrópolis floreciente; había apenas unos cuantos lugares a los que uno podía ir antes de cruzarse con un desconocido familiar. Normalmente era incidental, más como un *déjà vu* que como una cosa del destino.

—Hola, Norm —dijo el mayor. Había escuchado que los demás lo llamaban Baz. De alrededor de veinticinco años, Baz era bastante musculoso y de al menos un metro ochenta de altura. Las mangas de su camiseta estaban cortadas por los hombros y revelaban muchos tatuajes a lo largo de su brazo izquierdo, una combinación que desafiaba más que a la sociedad; desafiaba al mismo clima. Tenía un ligero acento de origen indeterminado y siempre llevaba una gorra de béisbol de Trenton Thunder.

—Sí, señor Baz —respondió Norm con los ojos brillantes, mientras se limpiaba las garras sangrientas en su delantal—. Pensé que los vería hoy. Deme un minuto, enseguida regreso —y desapareció en la habitación

trasera. Yo me alejé a un costado, volví a acomodarme el cabello detrás de las orejas y me sentí por completo un niño pequeño.

Por motivos no del todo claros, Norm se convertía en un Súper Caballo de Carreras cuando aparecían esos chicos. Incluso el fan de los Mets, que un minuto antes no podía apartar la vista de mi rostro, había estado masticando el mismo bocado de su sándwich desde que el grupo atravesó la puerta. Los chicos daban una sensación de entusiasmo temerario, como si en cualquier momento fueran a tirar todo y salir corriendo. Por diversión, por la emoción, por lo que fuera.

—¿Qué rayos estás mirando, niño?

La más chica del grupo, una niña de no más de diez u once años, de cabello rojo enrulado y pecas, llevaba un abrigo demasiado grande, un par de guantes diferentes y normalmente podía ser vista tomando la mano de Baz.

—Coco —dijo Baz—. Sé amable —él me sonrió, luego se dio la vuelta y le murmuró algo a un tercer chico, que escuchó, de inmediato sacudió la cabeza y chasqueó los dedos dos veces. Llegando a los veinte, tal vez en sus primeros veinte, los brazos del chico eran demasiado largos para su sudadera de Journey, así que podían verse al menos quince centímetros de sus muñecas.

El último miembro del grupo era una chica de ojos grises, un abrigo turquesa, con líneas con los colores del arcoíris al frente, y un gorro tejido de color amarillo; su cabello era tan largo y tan rubio que no podía distinguirse dónde terminaba el gorro y comenzaba el cabello. El amarillo, el arcoíris, el gris; era una explosión de color, un Matisse enloquecido. Estaba detrás de los demás, con la cabeza hundida en un libro, como si los libros hubieran sido creados con el solo propósito de ser leídos por ella en una carnicería. Ella era la Belleza Estoica.

No sé qué número de veces había visto a esos chicos, pero no me había vuelto más inmune a los encantos de esa chica de lo que fui la primera vez que la vi. Panceta, prosciutto, *una maldita feta de jamón*, lo que sea. Estar entre esos chicos me inspiraba una sensación de excitación primitiva: una combinación de intriga y miedo.

—De acuerdo, ¿sabes qué? —insistió la pequeña pelirroja, dejó caer la mano de Baz y se cruzó de brazos—. Tienes un serio problema de miradas, niño. ¿Alguna vez te dijeron eso? Como sea, *nosotros* deberíamos estar mirándote a ti.

—¡Coco! —exclamó Baz.

Dejé caer el cabello sobre mi rostro y volteé hacia el aparador con varias clases de carne de cerdo salada. Estaba acostumbrado a ese tipo de comentarios, en especial, de niños pequeños. Pero estar acostumbrado a algo no es lo mismo que ser inmune a eso.

Norm regresó con una abultada bolsa de papel. La elevó sobre el mostrador hasta los brazos de Baz; él sonrió, le dio las gracias, luego se dio la vuelta y guio a los demás fuera de la tienda, los cuatro se movían como uno.

—Okidoki —dijo Norm con la atención de vuelta en mí—. ¿Qué necesitas, niño pequeño?

Por la ventana de la tienda, observé a los chicos cruzando la calle. Algo acerca de su cohesión hacía que me preguntara si el mundo no sería en absoluto lo que yo creía que era.

—Panceta —murmuré, demasiado ocupado mirando por la ventana para saber lo que estaba diciendo.

—Okidoki. ¿Cuánta?

Observé a los chicos girar en la calle Main, doblar en Banta y desaparecer por una esquina.

...

...

—Oye, niño pequeño. ¿Estás bien?

No respondí.

En cambio, salí disparado de Babushka's sin panceta o prosciutto; prácticamente noqueé la campana de la puerta al pasar corriendo hacia la calle en un frenesí, por Main y por la esquina en Banta. Mi mente de niño pequeño aún estaba procesando las cosas, pero mi corazón podía ver más allá.

[MAD] Pasé la página de *Rebeldes* y, una vez más, deseé poder meterme dentro del libro. Sumergirme en la ficción: el más supremo si-tan-solo.

—El Häagen-Dazs de café es bueno —dijo Coco—. Galletas y crema, *rocky road*, tira... italiano de café. Mad, ¿qué es esa palabra?

Levanté la vista y encontré a Coco con la nariz aplastada contra la helada vitrina y su cabello caído como un sol anaranjado, alrededor del que rotaban miles de recipientes de helado.

—Tiramisú —respondí—. Es como un pastel, solo que no hay pastel en realidad, eso creo. Pero tiene café y ron.

—Cierra la boca —reaccionó Coco—. Ron, ¿como el que beben los piratas? ¿He estado viviendo bajo una roca, que no sabía sobre el tiramisú? Ah, mira, ¡hay de pasta de galletas! Es tu favorito, ¿verdad, Zuz?

Zuz miró el aparador de helados, como si viera a través de él, y chasqueó los dedos con un *pop* que resonó por todo el corredor.

Foodville en la calle Banta era ideal para nosotros, de una clase de aburrimiento siempre constante. Los empleados acomodaban, reacomodaban y luego reacomodaban cajas de cereales genéricos, pepinillos y

fideos ramen. Trapeaban suelos ya limpios, etiquetaban productos que ya tenían precio y movían los pies al ritmo de la enfermiza música de Muzak; construían pirámides de latas y pasaban el rato junto a los quesos rallados, en donde bombillas incandescentes parpadeaban. Y en el centro de Foodville, nosotros estábamos en nuestra propia ciudad, el pasillo once, admirando postres lácteos congelados, como si esperáramos que el helado nos escogiera a nosotros.

Baz dio vuelta en la esquina, empujando un carrito medio lleno, inclinado sobre él como una madre de cuatro agotada.

Todas las familias tienen una normalidad, solo que algunas normalidades parecen más normales que otras.

–Ya era hora –comentó Coco con la mirada hambrienta sobre el helado–. Mad dice que el tiramisú es un pastel con verdadero ron, como el que beben los piratas. ¿Eso es cierto? Dime la verdad.

–No lo sé –Baz se quitó el gorro de Thunder y se acomodó el cabello con los dedos. Ya lo había visto hacer eso antes, sabía lo que significaba. Me preparé para la tormenta de disconformidad de Coco.

–Bueno, bien, entonces obviamente tenemos que probarlo –respondió Coco mientras abría la puerta del refrigerador–. Pero tenemos que llevar un segundo sabor, por si acaso el helado de tiramisú apesta.

–Lo lamento, Coconut. Eso no pasará.

–Bueno, si es solo el único, entonces... –suspiró ella.

–No. Quiero decir *no helado*. No esta vez.

–Repíte eso –el cabello rojo de Coco voló mientras ella giraba.

–No me pagarán hasta mañana –explicó Baz–. Así que esto será todo por hoy. Tenemos que regresar en la mañana por las cosas de Gunther, así que tal vez después. Además... está helando afuera.

–No está helando en mi *estómago* –replicó Coco de vuelta ante el

refrigerador. Llevó una mano a la manija, con la voz un poco más aguda que antes, coronada con un fuerte tono de clara virtud—. Puedo esconderlo en mi chaqueta, Baz. Nadie sabrá que no está.

No podía evitar admirar cómo de alguien tan pequeño podían salir semejantes ideas. La cosa con Coco era que ella no estaba formada solo de piel y huesos, era supervivencia, lucha y una feroz lealtad que ya no se puede encontrar en ningún sitio. Cuando Coco hablaba, sin importar qué tan agudo, casi se podía escuchar un rugido ahogado subyacente debajo de cada palabra.

—Nosotros lo sabríamos, Coco —respondió Baz—. Sabes mi regla.

Un fuerte estruendo resonó detrás de nosotros.

Ahí, al final del pasillo, un chico estaba de pie entre cientos de latas de sopa, que antes habían formado una pirámide perfecta, ahora diseminadas alrededor de sus pies como un área de demolición.

—Es él —murmuró Coco—. El chico de Babushka. El de los problemas de miradas.

Coco tenía razón. Antes de ese día, había visto al chico por la ciudad tal vez una o dos veces. Tenía el cabello largo y graso, y fuertes ojos azules, pero esos no eran sus rasgos característicos. Llevaba una mochila, jeans azules y botas acordonadas, pero esos tampoco eran sus rasgos característicos. Su rasgo característico era su rostro. Por empezar, no se movía. No había una sonrisa, un ceño fruncido, ni una sola reacción o emoción a la vista. A excepción de sus ojos. Sus ojos eran vivaces y animados; pero no estoy segura de que los hubiera notado de no haber sido por el hecho de que estaban fijos en mí.

Una chica adolescente con una red en el cabello se acercó al aparador donde las latas de sopa habían estado ordenadamente apiladas.

—¿Qué demonios, amigo? Acabo de terminar de... —lo miró por primera

vez y se tragó las palabras que iba a decir a continuación, y en cambio, soltó un débil “Oh”.

Por un segundo, nadie dijo nada. La empleada de la red en el cabello se agachó y comenzó a levantar las latas.

—No te preocupes, amiguito. Estas cosas pasan, ¿sabes?

El chico aferró las correas de su mochila, me lanzó una última mirada, luego volteó y salió corriendo.

—Te lo dije —comentó Coco con la atención de vuelta en el sistema solar de envases de helado frente a nosotros—. Es un *frakking* raro ese chico.

Zuz chasqueó los dedos una vez.

Baz se acercó para ayudar a levantar las latas de sopa, mientras que yo regresé a mi libro, fingiendo leer, fingiendo que el azul de esos ojos no había sido tan penetrante, fingiendo no preguntarme por lo que la empleada de Foodville estuvo a punto de decirle a ese chico, si su rostro no se hubiese visto como se veía.

[VIC] Sacudí la nieve de mis botas y las dejé junto a la puerta, para que se secaran. Había dos fundas de guitarra, adornadas con calcomanías de Batman y de The Cure, que descansaban con un intenso aplomo en la entrada.

Klint y Kory estaban en casa. Los hijos de Frank, el Novio.

Dado que había derribado una pirámide de latas de sopa frente a la que probablemente era la chica más hermosa que hubiera visto jamás (o si no era la más hermosa, con seguridad la más impresionante y acalorante), la presencia de Frank el Novio —y de sus hijos, salidos de su propia película animada de Tim Burton—, era lo último que necesitaba.

Me provocaba aplomo. Intenso.

Klint y Kory no eran gemelos, pero casi nadie podía diferenciarlos. Vestían el mismo estilo gótico de ropa y sus dientes eran demasiado grandes para sus rostros. Me gustaba imaginar que sus raíces habían crecido muy profundas en sus cráneos, hasta ocupar el espacio reservado para los cerebros de tamaño normal. Al igual que yo, Klint y Kory habían perdido a uno de sus padres, por el cáncer. A diferencia de mí, ellos usaban esa pérdida como excusa para usar maquillaje negro y crear una banda llamada *Orquesta de las Almas PerdidaZ*. (Yo usaba esa pérdida para cosas mucho más notables, como probar cuánto había que presionar el borde de una tarjeta de crédito sobre la piel hasta que esta comenzara a sangrar). Mamá les ofreció nuestro sótano como sala de ensayos y, así como si nada, se convirtieron en visitantes regulares de la residencia Benucci.

Como dije: intenso aplomo.

Luego escuché a mamá, en la cocina con Frank, Klint y Kory. Una familia feliz. Con sus voces de familia feliz que resonaban como campanillas desde nuestra cocina de familia feliz.

Tilín-tilín, ¿cómo estuvo tu día tilín tilín?

Dejé mi mochila junto a las fundas de las guitarras, colgué mi abrigo y avancé por el corredor. Mamá, decidida a no perder otra festividad, había comenzado a cocinar y a decorar el día anterior a Acción de Gracias. Tartas, pasteles, panes, budines; “En nombre de la Navidad”, repitió mamá, alrededor de unas cien veces. Me pregunté si, tal vez, la Navidad podría tener un nombre diferente ese año.

Pero qué se puede hacer.

No podía culparla.

La Navidad anterior fue un tema sensible. El primer aniversario de la muerte de papá. No hubo luces. Ni pasteles. No hubo árbol. Así que, si mamá quería colgar luces en cada rincón y grieta de nuestra casa, decorar

los corredores como una especie de elfo navideño de ojos salvajes, por mí estaba bien. Sin embargo, había una cosa que permanecía intocada por el júbilo de mi madre: la mesita al final del corredor.

La mesa al final del corredor no era nada especial.

Pero lo que había sobre la mesa al final del corredor era algo de proporciones tan trascendentales que yo apenas podía pasar cerca de ella sin que me temblaran las rodillas.

Mis pies en calcetines avanzaron, como guiados por su propia voluntad, hasta que estuve tan cerca como para chocar la mesita con la cintura; tan cerca como para estirar el brazo y tocar la urna de mi padre.

Mi teléfono vibró. Lo extraje y vi un nuevo mensaje de mamá.

Dnd estas?

Las voces de la familia feliz sonaban desde la cocina. *Tilín-tilín, ¿cómo estuvo tu día tilín tilín?* Dejé el celular en la mesita y me acerqué a la urna, mis dedos se detuvieron apenas a unos centímetros.

No ser capaz de cerrar los ojos hacía que muchas cosas fueran difíciles: dormir y parpadear, sobre todo. Pero una cosa que las personas no consideran es la *visualización* y la frecuencia con que la gente cierra los ojos, no por mucho tiempo, algo más como un parpadeo extenso, al imaginar un lugar o una cosa.

Era un verdadero problema para mí. Hasta que papá me enseñó a ir a mi Tierra de Nada. Me dijo que la razón por la que las personas cierran los ojos cuando intentan imaginar algo es porque necesitan un espacio en blanco por donde empezar. Me explicó cómo se sentía al cerrar los ojos, que no era un espacio oscuro o blanco, no exactamente; solo la nada. *Y solo en un lugar donde no hay nada puede encontrarse algo, V.*

Y él se convirtió en la Nada personificada.

Y se encontraba dentro de una urna.

Me sumergí en mi Tierra de Nada, imaginé la forma en que papá asomaba la cabeza en mi habitación antes de dormir.

Oye, V., ¿necesitas algo?

No, papá.

¿Estás bien?

Sí, papá.

Bien entonces. Buenas noches.

Buenas noches, papá.

Toda la secuencia, como si él fuera un fastidio.

En calcetines, en el olvido de ese corredor oscuro, con una mano estirada, me encontraba atrapado entre algo y la nada, preguntándome cómo era posible que una vieja y simple urna ardiera como un desierto.

Papá había muerto dos años atrás. Y aún no podía tocar esa cosa.



–Increíble cena, Doris –Frank miró a sus hijos–. ¿Chicos? ¿No está muy buena la comida?

–Seguro, papá –asintió Klint tras aclararse la garganta.

Kory masticó, rio entre dientes, asintió.

–¿Cómo logras las pequeñas... –Frank señaló sus papas, al parecer incapaz de encontrar las palabras–, partes crocantes aquí; las hierbas dulces, cómo haces que sean tan...?

–¿Crocantes y dulces? –preguntó mamá. Frank rio, se acercó y la besó en la mejilla. Una mano se movió debajo de la mesa en dirección a mamá. Me ahogué y, milagrosamente, no morí en ese instante.

»Literalmente no les hice nada a las papas –agregó mamá–. Pero encantada le haré saber de tus cumpleaños al chef de la fábrica de papas congeladas Ore-Ida. Había *planeado* preparar mi mundialmente famosa lasaña, pero alguien olvidó comprar el prosciutto.

Entonces, apuntó un ojo a mí.

–Cierto –aclaré la garganta–. Perdón por eso.

Imaginé el rostro de la Belleza Estoica y supe que no lamentaba mi olvido, ni un poco.

–Podría haber comprado prosciutto de camino desde la corte, cariño –dijo Frank mientras se servía más frijoles.

Frank amaba hablar sobre la corte. En la corte esto, en la corte aquello. Hablar sobre eso hacía que Frank el Novio se sintiera más como el Frank el Caballo de Carreras.

En realidad, Frank era más como un cachorro francés.

–De hecho –continuó–, llamé más temprano para ver si necesitabas algo, pero no respondiste. Habría dejado un mensaje, pero...

–Lo sé, lo sé.

–*Alguien*, por motivos más allá de la razón, se rehúsa a vaciar el buzón de correo de voz.

–Lo sé –repitió mamá con una sonrisa de oreja a oreja–. Lo haré esta noche, ¿de acuerdo?

–Lo *harás* esta noche, de acuerdo –murmuró Frank más cerca de ella.

–Papá, asqueroso –comentó Klint.

Kory masticó, fingió arcadas, negó con la cabeza.

Yo di un trago a mi soda, preguntándome qué pasaría si atravesaba la mesa en ese momento y le daba una bofetada a Frank el Novio en su rostro.

Él era todo lo que mi papá no: refinado, un profesional exitoso, con una cabeza cubierta de cabello. La sutileza era algo completamente ajeno

a él. Era un abogado que hablaba fuerte, comía frijoles y siempre vestía de traje. Jamás lo había visto sin que él vistiera uno. Realmente amaba los trajes, supongo. Y tal vez no era algo trascendental, pero ciertamente se sentía así, porque papá era la clase de hombre que vestía sus pantalones deportivos para ir a la tienda.

Yo también era de esa clase de hombres.

—Así que, chicos —mamá cambió de tema—. ¿Cómo va la banda?

—Ah —exclamó Klint con la mirada en su papá—. Em, bien, señora B., realmente, emm... bien. ¿Verdad, Kory? —le dio un codazo en las costillas a su hermano. Kory dejó de masticar un momento y, en cambio, se enfocó en reír entre dientes y asentir.

Frank sirvió una tercera porción de frijoles en su plato.

No lo sé. Al hombre en verdad le gustaban sus frijoles.

—Bien, eso es genial —respondió mamá—. Tal vez podamos escuchar algo pronto. Como un concierto. ¿Eso no sería lindo, Vic?

Alcé mi vaso de boca estrecha preferido en un brindis sarcástico, bebí el resto de mi soda y me levanté.

—¿A dónde vas? —preguntó mamá.

—A servirme más.

—Yo lo haré —Klint dejó el tenedor en su plato, se levantó y tomó mi vaso vacío. Desapareció en la cocina y nos dejó a todos preguntándonos qué rayos acababa de pasar. Klint rara vez hacía algo amable, y con certeza, no por mí.

—Eso es muy dulce de su parte —comentó mamá animada.

—Él es un chico muy dulce —asintió Frank, con la boca llena de frijoles.

Hice una lista mental de los venenos imperceptibles que podrían encontrarse en nuestra cocina, cosas que Klint podría poner en mi bebida. Un minuto más tarde, regresó, colocó un vaso lleno frente a mí y se sentó

sin decir una palabra. Mamá siguió hablando, decía algo acerca de lo feliz que estaba de ver que todos estuviéramos llevándonos bien. No la estaba escuchando en realidad. Estaba demasiado preocupado por el hecho de que Klint hubiera cambiado mi vaso preferido por el porrón de cerveza preferido de papá, el que tenía un logo de los Mets al frente. Era de boca ancha, algo que me hacía casi imposible beber sin que se volcara líquido por mi mentón.

—Klint y Kory tienen una relación especial —agregó Frank—. Especialmente por ser tan cercanos en edad. Hasta comparten el guardarropa.

Tomé mi vaso, pero no lo levanté.

—¿Pasa algo? —preguntó Klint, apenas el rastro de una sonrisa en sus labios.

Kory masticó, rio entre dientes, asintió.

Klint y Kory preferían la maldad subrepticia a la maldad abierta. No se burlaban de mi rostro, como la mayoría de la gente. Entendían que el dolor persistente solo podía atacarse de raíz.

—Genéticamente hablando —continuó hablando Frank—, el ADN de los hermanos es tan cercano como el de un hijo con sus padres —tomó un bocado de frijoles, como si fuera una pausa al final de una oración.

—Frank, eres una fuente de saber —comentó mamá, ya sea sin notar el porrón de papá o escogiendo ignorarlo.

Desde que mamá se puso seria con Frank, nuestra relación fue de escasez: de palabras, de contacto, de sentimientos. Mucha de la belleza de ella se había desgastado durante los Días Oscuros, pero aún le quedaba mucha. Su cabello, al igual que su sonrisa, era brillante y joven; las arrugas en sus ojos se habían hecho más profundas, pero ¿qué esperaban? Desde el diagnóstico hasta el funeral, estuvo al servicio de papá. Las únicas tres cosas por las que salió de la casa durante los Días Oscuros:

1. Provisiones.
2. Medicamentos.
3. Trámites.

Luego de que lo diagnosticaran, papá vivió dieciocho meses. Los médicos dijeron que eso no era algo común. Dijeron que él era un luchador. Dijeron que era afortunado.

Yo dije que debían hacerse ver si pensaban que papá era afortunado. Al menos, tenía a mamá para que cuidara de él. Durante un año y medio, ella sacrificó su vida para darle a papá algo de comodidad al final. Entonces, ¿yo no debía estar feliz por ella? ¿No debía recibir a Frank el Novio con los brazos abiertos? La respuesta es que sí. A todo. Pero parte de mí pensaba en todos los sacrificios que ella había hecho y los comparaba con lo que había obtenido a cambio.

—También es literatura —decía Frank, siguiendo con su monólogo. Tomó otro bocado de frijoles y requirió toda mi fuerza contenerme de preguntarle si quería otro tenedor, uno para cada mano—. Piensa en esa novela rusa, con los cuatro hermanos. ¿Cómo se llamaba...? Dios, no puedo recordar el nombre.

Miré a mamá, retándola a que hiciera contacto visual conmigo. Mírame. *Solo una vez esta noche, mírame realmente. Solo una vez, dejemos las conversaciones abreviadas y hablemos como solíamos hacerlo.*

—Bien, esto va a fastidiarme —continuó Frank que, por el momento, había dejado de llevar frijoles a su boca—. *Los hermanos* algo. Es una de las obras más reconocidas de Tolstói.

—Karamazov —dije en voz baja, con la mirada aún fija en mi mamá.

La sonrisa de ella se desvaneció. Poco a poco, finalmente, me miró a los ojos. Por un momento, todo alrededor desapareció. Frank, Klint,

Kory; esfumados. Solo éramos los dos, viviendo en la casa más triste llena de recuerdos felices. Nos miramos el uno al otro, hasta que ella apartó la vista. Y entonces supe que la había perdido.

Aparté mi plato, me acomodé el cabello detrás de las orejas y giré sobre mi asiento:

–Frank, eres un completo idiota.

–¡Víctor! –gritó mamá.

Frank, temporalmente perplejo, volteó para ayudar a Klint, que se había ahogado con la parte crocante de su papa; Kory masticó, rio entre dientes, asintió.

–A la cocina. *Ahora* –mamá se levantó de la mesa con autoridad.

Me tomé mi tiempo para llegar, corrí mi silla de debajo de la mesa con más fuerza de la necesaria y seguí a mamá por las puertas vaivén de la cocina. Había una hilera de luces de navidad en el suelo frente al refrigerador, la gravedad había podido más que la cinta adhesiva de tres semanas. La mesada era un desastre de harina, azúcar y huevos; vestigios del reciente romance de mamá con la cocina.

–Termina con esto –dijo, con los brazos cruzados.

–Que termine, ¿con qué?

–Eso fue *increíblemente* grosero.

–No es mi culpa si tu novio sabe todo acerca de las malditas similitudes cromosómicas de los parientes, y que de algún modo cree que Tolstói escribió *Los hermanos Karamazov*. Y estoy seguro de que fingió no recordar el nombre, para no tener que pronunciarlo mal en voz alta.

–Cariño.

–Quizás si le hubiera dado un descanso a las biografías de Churchill, podría dedicarle un tiempo a...

–Víctor.

—¿Qué?

—¿De qué se trata esto?

...

...

—De la destreza literaria de Fiódor Dostoyevski.

—No nos gustan los mismos libros, Vic —mamá no se rio. Ni siquiera entre dientes—. No puedes basar una relación en las preferencias literarias.

Me sentí a mí mismo intentando sonreír, algo que me sucedía a veces. Era increíble; a pesar de que nunca lo había hecho, ni una vez en toda mi vida, la *necesidad* estaba allí. Mamá solía decir que podía ver en mis ojos si me estaba riendo. Decía que cambiaban de alguna forma. Que se alegraban lo suficiente por todo mi rostro.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó.

Ojos traidores.

—Nada es gracioso —respondí y me crucé de brazos—. ¿Qué podría ser gracioso? —se hizo silencio por un momento. Mamá puso una mano sobre mi hombro.

—Sé que es difícil. Esto no ha sido... *Nada* ha sido fácil. Pero ¿recuerdas lo que hemos estado hablando? ¿Sobre seguir adelante?

Tragué el nudo en mi garganta cuando ella me atrajo más cerca. Lo recordaba. ¿Cómo olvidarlo? Últimamente ella había estado hablando sobre la importancia de sanar, de darnos el tiempo de sumergirnos en el dolor y reconocer cuando llegara el momento de salir y secarnos.

Ella ya llevaba un tiempo seca, supongo.

Yo me estaba hundiendo como una roca.

—Frank me hace feliz, cariño. O al menos, no triste. Me gustaría sentirme más así, ¿sabes? Me gustaría que tú lo sintieras también. Tal vez no por Frank, pero por algo, por alguien.

Volví a imaginar el golpe en la puerta de mi habitación. *Pasa*, diría yo. Frank el Novio abriría la puerta y asomaría su cabeza llena de cabello. *Oye, Vic. ¿Necesitas algo?* Yo asentiría. *Tírate a un pozo, Frank.*

Mamá me abrazó.

Y se sintió como una última cena. Como un *grax, tq.*

Intenté corresponder a su abrazo, pero mis brazos permanecieron inmóviles como ramas a mis costados, desgarrados y demasiado largos para mi cuerpo.

–Me trajo el porrón de papá –dije en voz baja.

–¿Qué?

–Klint. Cuando vino aquí a servirme Coca –de pronto, el abrazo cobra un nuevo sentido de contención, de una duda que no estaba allí segundos atrás–. Él cambió mi vaso y me trajo el de papá. Son horribles, mamá. Ellos me odian.

...

...

–No te odian. Es solo que aún no te conocen.

Aún.

Para ser una palabra tan breve, con seguridad podía patearle el trasero a toda una oración.

–Hablaré con Frank al respecto. Hablando de eso, le debes una disculpa.

Asentí, mamá me soltó y se dirigió a la puerta, hacia la sala, hacia su nueva familia, lejos de mí.

–No es verdad, ya sabes –dije, mirando las luces de navidad en el suelo.

–¿Qué no es verdad?

Justo cuando había decidido no decirlo, las palabras se escaparon.

–A papá y a ti les gustaban los mismos libros.

Ver que sus ojos se llenaron de lágrimas me dio una extraña sensación de alivio. Él aún era importante para ella. Lo que teníamos aún importaba. Mamá podía coquetear, sonreír y hornear un millón de pasteles pero, al final, sus ojos también la traicionaban. Me dijeron todo lo que necesitaba saber. Sea lo que fuera que tenía con Frank, incluso *ella* sabía que no era nada comparado con lo que tenía con papá.

Parpadeó para apartar las lágrimas, forzó una sonrisa y abrió la puerta a la sala.

—Después de ti, cariño.

Me quedé congelado en el lugar.

Me quedé mirando a la sala.

Estoy intensamente aplomado.

—¿Vic? —insistió mamá mirándome a través de la puerta—. ¿Qué...?

En la sala, Klint y Kory estaban de pie sobre sus sillas, cada uno con una guitarra colgada de sus hombros.

—¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! —gritó Klint con la voz más chirriante de lo normal.

La Orquesta de las Almas PerdidaZ comenzó a sonar con ese entusiasmo especial reservado a las personas que no tienen idea de que no pueden cantar. Era extraño e incómodo para todos. Frank seguía sentado en su silla, mirando a mamá a través de toda la situación, con una expresión extrañamente constreñida. Una vez que la canción terminó, comenzó a hablar.

—Sé que esto no es... bueno, el momento ideal —sus ojos se fijaron en mí—. Vic, espero que tomes esto como una prueba de mi amor y compromiso. Hacia ambos, tú y tu madre.

Antes de que pudiera preguntar de qué se trataba todo eso, Frank se aclaró la garganta y se deslizó de su silla. Esperé a que se pusiera de pie, pero nunca ocurrió.

Frank el Novio se puso de rodillas.

Frank el Novio metió la mano en su bolsillo.

Frank el Novio sacó un anillo.

Frank el Novio quería ser Frank el Esposo.

Frank el Nuevo Papá.

Mamá se cubrió la boca con ambas manos mientras yo observaba inmóvil la escena frente a mí.

–Doris Jacoby –continuó Frank.

Percibí en silencio la deliberada ausencia de *Benucci*.

–... hazme el hombre más feliz del mundo.

Observé a mi mamá que, extrañamente, no estaba corriendo por la puerta, a la calle, arrancándose mechones de cabello, desgarrando su ropa, chillando por la confusión y el duelo... o, cuanto *menos*, riendo, quitando la urna de papá de su lugar de relevancia en nuestro corredor, restregándosela a Frank en el rostro y diciendo: *¡Ya estoy ocupada, maldito!*

No estaba haciendo ninguna de las dos cosas.

Extrañamente.

–Cásate conmigo –agregó Frank.

Alguien gritó.

Todos me miraron.

El grito que, a mi parecer, fue la cosa más razonable que había ocurrido en los últimos dos o tres minutos, había salido de mi propia garganta. O de mis entrañas. O de mi boca. De todos esos lugares, en verdad.

Lo hice otra vez. Parecía lo más adecuado.

Y otra vez.

Sí, gritar en el tono más agudo posible era muy razonable.

Sin palabras. Solo gritos animales mientras yo escapaba de mi propio cuerpo.

Desde arriba, cerca del techo, vi a Vic corriendo por la cocina. En el corredor, superó su incapacidad de tocar la urna de su padre y, simplemente, la levantó. Sintió el peso de la urna en sus manos, notablemente elevado. *No debería sorprenderme*, pensé. *Estoy sosteniendo a mi papá, al mismo calvo pensador de corazón, el que me enseñó a encontrar la belleza en la asimetría, el que me llevó a mi Tierra de Nada, el que me presentó a las sopranos altísimas. ¡Como mínimo, sus cenizas deben ser pesadas!* Vic metió la urna en su mochila, se calzó las botas, se puso su abrigo y salió disparado por la puerta de entrada. Tenía que alejar a su papá de ese lugar, lejos de todos esos *tilín-tilín cómo estuvieron tus días tilín-tilín*, y de todas las voces de la familia feliz. Tenía que encontrar un sitio donde su papá, el último y más grande Súper Caballo de Carreras del mundo, pudiera descansar en paz.

Y Vic conocía el lugar perfecto.

[MAD] Haber nacido el 31 de diciembre implica ver que todo el mundo celebra algo en tu cumpleaños que no eres tú. Aunque mamá nunca lo vio así. Ella me llamaba su *Bendición de Año Nuevo*, decía que yo era especial, que me esperaban grandes cosas. Yo era más joven que la mayoría de mis compañeros de clases; mamá decía que eso me daba un toque. Yo terminaría la escuela antes, descubriría el mundo primero y, tal vez, descubriría qué gran cosa me esperaba.

Encendí mi cigarrillo y deseé que ella estuviera ahí.

Inhalar.

Exhalar.

Calma.

La nieve continuaba cayendo, el viento del río seguía soplando y yo

observaba el submarino, considerando las circunstancias de mi pasado pero, en mayor parte, preguntándome por mi futuro. En tres semanas, el feliz Año Nuevo sería mi feliz cumpleaños y me llegaría la libertad de los dieciocho con todos sus honores y beneficios. Uno de los beneficios sería la capacidad legal de liberarnos a mí y a Jamma del puño de acero del tío Les. Claro que igualmente podía escaparme por algunos días y él no lo notaba, o no se interesaba. Pero tenía que regresar. Aunque Jamma ya casi no sabía quién era yo, siempre regresaba. Había estado pensando mucho sobre el amor últimamente, que no depende de la persona que lo recibe, depende de la persona que lo da. Si mi abuela me reconocía o no, no tenía importancia, la amaba demasiado para dejarla con el tío Les.

Llegar a la libertad de los dieciocho, con todos esos problemáticos honores y beneficios.

El problema era que, con dieciocho o no, no tenía idea de a dónde debíamos ir ni de cómo llegaríamos allí. No podía elegir un sitio muy alejado; la idea de separarme de Baz, Zuz y Coco era casi tan difícil como la idea de perder a Jamma.

Inhalar.

Exhalar.

Calma.

A veces consideraba varias situaciones como si fueran partes de un diagrama de Venn. En este caso, era un diagrama de Venn condenadamente jodido, compuesto por el conjunto A = [Una persona que sabe lo que debe hacer] y el conjunto B = [Una persona que no tiene idea de *Cómo hacer* lo que tiene que hacer] y la intersección = [Mad].

Consumí el final de mi cigarrillo, estiré los extremos de mi gorro sobre mis orejas y exhalé aire caliente sobre mis manos. Había algo en estar

sentada junto a Ling por la noche que me ayudaba a pensar, como si el corazón y el alma del mismo submarino estuvieran ahí para hacerme compañía. Las aguas negras del invierno ondeaban mientras miles de copos de nieve se disolvían en el instante en que tocaban el río Hackensack. Y no pude evitar preguntarme si se vería tan hermoso durante el día.

Justo cuando estaba a punto de levantarme y marcharme, escuché pasos detrás de mí. El museo naval estaba cerrado y, aunque nunca antes había tenido problemas, no estaba del todo segura de que estuviera permitido estar allí después de hora.

Ahí, unos veinte metros río abajo, alguien se aproximaba. Me quedé quieta, observando cómo la figura caminaba hacia el pasamanos que separaba la tierra del agua y tomaba la malla metálica con una mano. Un segundo después, miró alrededor y, bajo la nevada luz de la luna, vi un rostro familiar, inolvidable: el chico de Babushka y Foodville.

De acuerdo, miren: nunca creí en un orden supremo del cosmos. No había evidencia en mi mente que sugiriera que el destino intercedía en nuestras vidas, como un trágico semidiós que movía a los humanos como fichas en un tablero de ajedrez. Así que posiblemente la magia del Ling hizo que deseara hablar con ese chico, o el hecho de que solo lo había visto un total de tres veces, tal vez, antes de ese día y tres veces en ese día *solamente* o, rayos, quizás sí hubiera un semidiós que se movía como una ficha; pero fuera cual fuera el caso, me encontré acercándome a él.

El Madifesto dice: “Siempre que el orden del cosmos disponga el tablero, posíciónate como Reina”.

Me encontraba a pocos metros, lo suficientemente cerca como para ver unos auriculares blancos saliendo de sus oídos. El chico se arrodilló en el suelo y extrajo algo de su mochila, un recipiente o envase de algún tipo, luego se inclinó sobre él.

“Desearía que tuvieras razón”, susurró. “Desearía que hubiera belleza en mi asimetría”.

Bueeeeeeeeeeeeno.

“No eras un fastidio”, continuó, sus palabras cada vez más fuertes en el frío y nevado silencio. “Eras el Northern Dancer, el semental del siglo, el más súper de los caballos de carreras”.

Sin dudas, ese era uno de los monólogos más extraños que había escuchado y eso es mucho decir, teniendo en cuenta que yo vivía con Coco.

Vi que despegaba un trozo de cinta y que levantaba la tapa del envase. Su cuerpo se desinfló, como si todo hasta ese momento hubiera estado lleno de aire, energía, expectativas; pero entonces... ya no.

Me di vuelta rápido, en silencio, con la repentina sensación de que no debía estar ahí. Y entonces...

–Ey.

Me quedé inmóvil.

–Ey –dije al voltear.

–¿Qué haces tú aquí? –el chico se levantó torpemente de la nieve.

Me sorprendió como una extraña primera pregunta. *¿Qué haces tú aquí?* Presupone que la persona que pregunta conoce a ese tú, por empezar. A diferencia de *¿Quién eres tú?*

–Me gusta venir aquí por la noche –respondí. Porque eso no era para nada raro.

Él soltó un “Ah”, como si en verdad no lo fuera, luego se agachó, volvió a tapar el envase y lo guardó en su mochila.

–¿Qué haces tú aquí? –pregunté, temblando.

El chico extrajo un pañuelo y se secó la boca.

–No puedo ir a casa ahora –dijo.

Yo tampoco. Asentí, aparté el cabello de mi rostro y pensé en lo que él

había dicho cuando no sabía que yo lo estaba escuchando. *Desearía que hubiera belleza en mi asimetría.* Quizás eso era: una ligera asimetría, junto con facciones totalmente congeladas. No era feo, ni siquiera desagradable. Lejos de eso, en realidad. Su rostro era totalmente único. Y no pude evitar sentir algo de curiosidad.

Saqué mis cigarrillos, le ofrecí uno, pero no lo aceptó. Yo encendí uno.

Inhalar.

Exhalar.

Calor.

—Es decir; no sé a dónde ir —agregó—. Pero no puedo ir a casa.

—De acuerdo.

—Es una larga historia.

—También tengo una de esas.

Inhalar.

Exhalar.

Calor.

—Pero podría conocer un lugar —agregué, observando el humo en el aire frío de la noche.



En verdad debería estar muerta.

Esa frase vivía en la punta de mi lengua. En especial cuando estaba con extraños, lo que tenía sentido, teniendo en cuenta que una persona no está tan involucrada con un extraño como, por ejemplo, con un familiar o con un amigo cercano. Tal vez por eso tantas personas acaban por abandonar a sus parejas por un completo extraño que han conocido en línea. No cuesta casi nada contárselo casi todo a un extraño.

–¿Qué te parece esto? –dije mientras girábamos en Mercer–. No voy a preguntarte tu nombre y no voy a preguntarte por qué no puedes ir a tu casa esta noche. Ni siquiera te preguntaré qué hay en el recipiente.

–De acuerdo.

–Pero te preguntaré por el Northern Dancer y el caballo de carreras supremo, y todo eso.

–Súper.

–Bien.

–Espera, ¿qué?

–¿Qué qué?

–No, no me refería a... –negó con la cabeza, volvió a tomar su pañuelo y se secó la boca–. Quiero decir, no es un caballo de carreras supremo. Es el Súper Caballo de Carreras.

–De acuerdo.

–Mi papá solía considerarse un entusiasta de los deportes ecuestres. Básicamente, estaba obsesionado con las carreras de caballos. Ni siquiera apostaba, solo amaba el deporte. En algún momento, se interesó mucho en los caballos, en su linaje y esas cosas. Tanto que podía nombrar a los caballos más veloces y a los que eran sus progenitores.

–¿Progenitores?

–Padre y madre. Me llevó a una granja una vez, como a una hora de viaje. Lo que hacen es tomar a los caballos que son demasiado viejos para correr, o que están lastimados, y los llevan a esta granja con la esperanza de poder, ya sabes, *producir* un caballo de carreras mejor. O en algunos lugares, em, cosechan las *semillas* del semental y luego, em, se las inyectan a la... hembra.

–Asqueroso.

Él asintió y se acomodó la mochila mientras caminábamos.

—Papá podía arreglar una tubería con goteras, ganar un juego de mesa o responder bien una pregunta de *Jeopardy!* Así que se llamaba a sí mismo *Súper Caballo de Carreras*. Como sea, en respuesta a tu pregunta, Northern Dancer fue el progenitor de algunos de los mejores caballos de carrera de la historia.

Mientras girábamos a la derecha en la calle State y pasamos por la estación de policía a nuestra derecha, noté que hablaba en tiempo pasado al referirse a su papá. Aunque no mencioné nada. Yo tampoco sentía deseos de hablar sobre mis tiempos pasados.

—Y ¿qué te parece esto? —continuó—. No te preguntaré tu nombre, no te preguntaré qué hacías sola junto al río por la noche. Ni siquiera te preguntaré por los demás chicos con los que siempre te veo. Pero te preguntaré por tus progenitores.

—No tengo —respondí.

—Me refiero a tus padres.

—Sé a qué te refieres.

Demasiado para no querer hablar de tiempos pasados.

—Así que los otros chicos con los que siempre estás...

—¿Te refieres a esos sobre los que no ibas a preguntar? —le sonreí de costado—. Está bien, hombre. Son básicamente mi familia. Somos indeseables, así que nos queremos entre nosotros —estábamos apenas a unos minutos de distancia; hubiera sido fácil terminar todo ahí. Pero no lo hice. Soplé en mis manos para calentarlas y continué—. De acuerdo, me contaste una historia sobre tu papá, yo te contaré una sobre mi mamá. Ella solía tener un letrero enmarcado, lleno de pequeñas frases inspiradoras, que había ordenado por Internet en algún sitio igual de pequeño y lo había colgado en nuestro corredor. Lo volvió algo así como su manifiesto personal. “Comienza a hacer las cosas que amas. Todas las emociones

son hermosas. Al comer, disfruta cada bocado”. Esa clase de estupideces. Muchas veces, al llegar a casa de la escuela, encontraba a mamá de pie sola en el corredor, leyendo las frases en voz alta –cruzamos Banta, una calle más hasta Salem–. Así que yo comencé a recitarlas también. Llegué al punto de memorizarlas, así podía recostarme en mi cama por la noche, mirando el techo, y repasarlas, ¿sabes? Pensé que, si mamá creía tanto en su manifiesto, debía haber algo en él. Entonces, un día, todos nos encontramos en el auto de camino a la tienda, cuando un ebrio nos embistió de frente y acabó con la vida de mis padres. Yo en verdad debería estar muerta –ahí estaba, la frase, en toda su gloria, rebotante y liberada–. Pero solo tengo esto –levanté mi gorro sobre mi oreja y señalé la cicatriz en mi cabeza. Mantenía ese costado afeitado justo para esas ocasiones, para poder mostrar que no lo escondía ni estaba avergonzada, que no temía ser quien era o de donde venía. Mi cicatriz era una herida de guerra, mi viva prueba de la victoria–. Como sea, el manifiesto de mamá eran puras tonterías.

Me detuve ahí, aunque no estaba ni cerca del final. No le hablé de mi Manifiesto, la antítesis del pequeño letrero de mamá, un estandarte que llevaba con orgullo, que proclamaba independencia, autosuficiencia y la incesante búsqueda de la supervivencia.

Extraño o no, esas cosas las guardaba para mí.

Entre Banta y Salem, giré en un pequeño callejón conocido como *Chute*. Reconocido por venta de drogas y atracos, *Chute* era un pasaje estrecho que conectaba las calles Main y State, llamado así por su completa falta de ventanas. Era como si los arquitectos simplemente hubieran olvidado dibujarlas en sus planos.

Había algunas puertas, salidas de las tiendas para e traer la basura y demás, pero todas estaban cerradas desde dentro. Sin ventanas y tan poca

visibilidad desde la calle, se había convertido en un verdadero criadero de toda clase de criminales.

—Aquí estamos —dije al llegar a una de las puertas cerradas.

[VIC] —¿Qué? ¿Aquí?
La Belleza Estoica sacó una llave de su bolsillo trasero.
—Por favor —dijo—, no le desearía una noche en el Chute ni a mi peor enemigo. No, es adentro.

Estaba oscuro, la única luz llegaba de un farol de la calle distante reflejado en la nieve.

Busqué en mi bolsillo para usar la linterna de mi celular, hasta que recordé que lo había dejado en casa. Mientras ella forcejeaba con la cerradura, yo fingía ver el forcejeo.

Lo que en verdad miraba:

1. Su cabellera dorada, que caía por debajo de su gorro como rayos de sol.
2. Sus mejillas pálidas, enrojecidas por el frío.
3. Las líneas de sus hombros debajo de su abrigo.
4. Las líneas de su cintura debajo de su abrigo.
5. Las líneas de su trasero debajo de su abrigo.
6. Sus piernas.
7. Sus Nike dibujadas.

Yo estaba hecho un desastre.

—No es el Hilton —se excusó al abrir la puerta y encender la luz—. Pero es más cálido que desplomarse junto al río, si es que eso endulza un poco las cosas que, por cierto, debería.

Sentí el hedor del lugar al entrar. No fue un gran misterio por qué el lugar olía así, pesado, fuerte y podrido. Seis carcasas de cerdo colgaban del techo como piñatas usadas. En el suelo, pequeños charcos de sangre aguada se reunían en lagunas rojas. Todo era bastante bueno y asqueroso. Levanté el cuello de mi camisa, para cubrirme la nariz.

—Esto *tiene* que estar en contra de alguna ley de la AMA o algo.

—Ah, sí lo está —asintió la Belleza Estoica mientras devolvía la llave a su bolsillo—. Se limpia antes de que llegue la inspección y luego vuelve a... bueno, lo que puedes ver. Pero insisto: *sin* hipotermia. Así que ya sabes. Victoria.

Además de los cerdos muertos que colgaban del techo, el lugar tenía una cocina industrial, un fregadero y un gran escritorio con papeles y pedidos desparramados encima.

—Bien, entonces —continuó mientras giraba hacia la puerta—. Regresaremos en la mañana.

—¿Nosotros?

—No te preocupes. Norm generalmente no viene a trabajar hasta media mañana.

—Estamos en la parte trasera de Babushka —de pronto todo cobró sentido. La Belleza Estoica asintió.

—Descansa.

—Espera un segundo.

Tenía muchas preguntas. La clase de preguntas que te perforan el cerebro. Comencé por la que me parecía la más importante.

—¿Cómo te llamas?

...

—Eso es contra las reglas —respondió.

—¿Qué reglas? No había reglas.

–Las reglas de las preguntas. Las que establecimos en nuestra anterior conversación.

No sabía si estaba bromeando o qué. Si lo estaba, era una de las cosas más adorables que había visto. Si no, rayos, era adorable de todas formas.

–Soy Madeline. Me dicen Mad –tomó un atado de cigarrillos de su bolsillo trasero y encendió uno.

–Soy Vic –dije. *Está bien. Sigue así*–. Me llaman Vic, quiero decir –*de acuerdo, eso es suficiente*–. Lo que significa que mi nombre es Víctor –*suficiente*–. Pero, em. Nadie me llama Víctor, en realidad –*¡aborten! ¡Aborten!*–. Sí, solo Vic está bien.

Me estaba convirtiendo en un experto en abofetearme a mí mismo. Pero, entonces, el milagro de los milagros: Mad sonrió un poco.

Y yo morí un poco.

Y ella se fue.



Los cerdos masacrados del presunto miembro de la KGB liberaban un terrible hedor.

Me dejé el abrigo y las botas puestos, dejé mi mochila debajo del escritorio metálico y me deslicé allí con ella. En el mundo de las habitaciones traseras de las carnicerías, la esquina más lejana a las carcasas de cerdos goteantes es una propiedad inmobiliaria de primer nivel. Más apretado que cómodo, saqué cuatro cosas de mi mochila:

1. Mis gotas Visine, que me apliqué y volví a guardar.
2. Mis auriculares, que me coloqué.
3. Mi iPod, que encendí, le subí el volumen y cambié al *Dúo de las Flores*.

4. Mi papá. En una urna.

Me castigué por haber dejado mi celular en casa, aunque no sé a quién hubiera llamado, ni por qué razón con exactitud. Había algo de tranquilidad en saber que estás apenas a una llamada de distancia, especialmente dada mi posición actual. Pero me había largado de prisa, de acuerdo con el reloj de mi iPod, hacía menos de una hora, si eso era posible, con una sola idea en mente: alejar a mi papá de esa casa. Eso resultó en la idea, algo shakespeariana, de liberar sus restos en el río Hackensack, en donde descansaría junto al Ling por siempre. Le evitaría a mi papá los catastróficos eventos que, con certeza, ocurrirían durante los meses siguientes (¿y años?) dentro de los trágicos restos de la residencia Benucci. Pero entonces, a la orilla del río, con las sopranos altísimas en mi cabeza, abrí la urna. Y vi cosas que no esperaba ver.

Consideren esto: entre los millones de personas en el mundo, hay una que les importa, con la que viven y a la que aman; esa persona muere y es cremada, se convierte en millones de fragmentos microscópicos; esos millones de fragmentos son colocados en un único recipiente. Millones a uno, uno a millones, millones a uno. A veces pienso que el amor realmente está determinado por números.

Entonces, bajo la sombra de las carcasas de cerdos colgantes, miré la urna de papá, despegué la cinta, levanté la tapa y entré a mi Tierra de Nada...

Oye, papá, ¿necesitas algo allí?

No, V, responderían las cenizas de papá.

¿Estás bien?

Sí, V.

Bien, entonces. Buenas noches.

Buenas noches, V.

Hasta donde sabía, las urnas ordinarias solo contenían cenizas, nada más. Con ese criterio, esa no era una urna ordinaria. Porque, además de las cenizas, la urna de mi papá tenía una bolsa Ziploc y, dentro de esta, una fotografía. Una vieja Polaroid de mis padres, con rostros frescos, animados, jóvenes. Estaban alto en algún sitio, en la terraza de algún rascacielos, con la silueta de la ciudad de Nueva York de fondo. La Joven Doris le sonreía a la cámara, el Joven Bruno le sonreía a la Joven Doris.

Padres Jóvenes con amor joven.

Era la clase de felicidad que yo apenas podía recordar, que se sentía extraña y lejana, como Singapur. Sabía que muchas personas viajaban a Singapur y que muchas personas vivían allí. Había visto Singapur en mapas, globos terráqueos y en la televisión. Tomé eso como evidencia de que Singapur en verdad existía, aunque nunca hubiera estado ahí ni tuviera idea de cómo llegar.

Esa felicidad era como Singapur.

Además de la fotografía, había otra cosa que diferenciaba a esa urna de las demás. Un sobre abierto, en blanco. No tenía dirección ni marcas de ningún tipo. De su interior extraje una sola hoja de cuaderno, la desdoblé y leí...

Mi querida Doris:

No parece justo que los únicos que se supone que dejen notas son quienes acaban las cosas por sí mismos. Yo no decidí morir; la muerte ha recaído sobre mí. Por ello, considera esta mi Nota Final.

Pienso que la mayoría de las personas solo tienen la capacidad de hacer una Gran Cosa en su vida. Desde el momento en que tú y yo saltamos juntos a esa piscina, con toda nuestra ropa puesta (la casa de Emily Edward, penúltimo año, tú habías bebido un poco de más; sé que

lo recuerdas, aunque siempre pretendas no hacerlo), hasta hace cinco minutos, cuando me besaste en la frente y prometiste traer a Vic el sábado, y luego al mejor estilo Doris tropezaste de camino a la puerta (y pensaste que no te había visto, pero claro que te vi), y cada momento imperfecto y real en medio, tú has sido mi Gran Cosa.

Tantos recuerdos.

Para cuando leas esto, ¿habrá habido más? ¿Estarás sonriendo ahora, recordando alguna cosa graciosa o incómoda o triste que ocurrió entre el momento en que tropezaste en mi puerta del hospital y mi muerte? Espero que sí. En verdad, espero que sí. Pero puedo sentirlo, Doris. Lo siento llegar. No tengo miedo. Podría desear más tiempo, más recuerdos, pero no me arrepiento de nada. Victor y tú son mi norte, sur, este y oeste. Tú eres mi Rumbo Fijo.

¿Cómo podría perderme alguna vez?

Conoces los lugares de esta lista. Llévame allí, ¿lo harías?

Hasta que seamos viejos-nuevos.

B.

1. Cuélgame del Parlour.
2. Arrójame del Palisades.
3. Entiérrame en los ladrillos humeantes de nuestro primer beso.
4. Húndeme en nuestro pozo de los deseos.
5. Lánzame desde lo alto de nuestra roca.

Las sopranos altísimas invadieron mi cabeza y supe lo que tenía que hacer.

Y no regresaría a casa hasta haberlo terminado.

